

EDITORIAL



*Sebastiana Papa
(del libro «La República
de las Mujeres»
Postcart/iccd 2013)*

Ortodoxas

Después del número sobre las mujeres protestantes, que se une a la comparación con las mujeres hebreas y esperando al de las musulmanas, he aquí el número dedicado a las mujeres ortodoxas. Realizarlo ha supuesto para nosotras una sorpresa muy enriquecedora. Porque el caleidoscopio que emerge de las voces y de las historias de hoy y de ayer que son contadas –de la estadounidense Gayle Woloschak, científica de fama mundial y teóloga, a santa Mat' Marija, madre y monja, nacida en Riga que creció en San Petersburgo y falleció en Ravensbruck en 1943– es verdaderamente rico y fascinante.

Más allá de la formación, vivencia y ámbito de acción, sobre todo resulta un protagonismo movido por un deseo, simple pero radical, así resumido por Gayle Woloschak: «Soy ortodoxa, practicante, e interesada en lo que sucede en mi Iglesia». Este interés apasionado –que logra ser a la vez crítico, concreto y operativo– lleva a las mujeres ortodoxas, como demuestra también la historia de Élisabeth Behr-Sigel, nacida en 1907 de padre alsaciano luterano y de madre hebrea bohemia, a preguntarse constantemente sobre el modo en el que cada una pueda ejercitar su carisma en la comunidad. Y así escuchando el testimonio de la mujer de un pope («Hay momentos en el que piensas que pierdes el derecho exclusivo al amor, no naturalmente en la sustancia sino en la cotidianidad») o releendo las palabras de la prostituta Sonja Marmeladova de Crimen y castigo («la única guía espiritual» del atormentado asesino Raskol'nikov, como la define Simonetta Salvestroni), nos damos cuenta cuánto es mundo femenino –todavía desconocido aunque muy cercano– tenga mucho que enseñarnos. (*Giulia Galeotti*)

DONNE CHIESA MONDO

Suplemento mensual
a cargo de LUCETTA SCARAFFIA

En redacción
GIULIA GALEOTTI
SILVINA PÉREZ

Consejo de redacción

CATHERINE AUBIN
MARIELLA BALDUZZI
ELENA BUIA RUTT
ANNA FOA
RITA MBOSHU KONGO
MARGHERITA PELAJA

Esta edición especial
en castellano
(traducción de ROBERTO H.
BERNET) se distribuye de forma
conjunta con VIDA NUEVA y
no se venderá por separado

www.osservatoreromano.va

Una mujer en el centro del

Gayle Wolosback, teóloga y científica: «La reflexión ortodoxa ha progresado»

DE MARIE-LUCILE KUBACKI

No siempre nos damos cuenta de la variedad y de los nuevos fermentos que agitan el mundo ortodoxo, sobre todo el femenino. Un ejemplo es Gayle Wolosback, científica y teóloga, que ha presidido durante algunos años la *Orthodox Theological Society* americana. Ella es una científica de altísimo nivel, dirige un laboratorio y al mismo tiempo es teóloga y experta de bioética.

¿Qué le empujó a desarrollar este doble estudio?

Al principio de mi carrera, trabajaba para una laboratorio gubernamental y mi colega enseñaba ciencias religiosas. Ya que soy ortodoxa, practicante e interesada en lo que sucede en mi Iglesia, me propuso dar una conferencia. Cuando se jubiló, me ocupé yo del curso. Se trataba de un curso del centro Zygon para la ciencia y la religión. Mientras discutía de ciencia con algunos teólogos, me di cuenta que no entendían el tema, y esto me entristeció. Hablaban, pero como si no tuvieran ninguna formación científica; cometían errores, un hecho que invalida su discurso. Y lamentablemente, también era verdad lo contrario. Visto que los científicos no entendían la teología, entonces decidí profundizar mi formación teológica.

Usted es una científica, ¿vivir su fe en este ámbito profesional es tan difícil como se dice?

Es muy difícil. El mundo de la ciencia es muy desconfiado hacia el de la religión y por eso los creyentes son realmente reticentes a hablar de su fe. Yo he trabajado codo con codo con un colega durante siete años en una clínica, pero tuve que esperar a mi última semana allí para descubrir que era diácono de la Iglesia presbiteriana. ¡Habíamos trabajado juntos, publicado artículos juntos! Esto da una idea de la prudencia de los científicos respecto a su vida espiritual. Hablarlo, a veces, está mal visto. Hace algún tiempo, el responsable de un departamento rechazó mi candidatura porque había dado conferencias contra la teoría de la evolución en la

fundación Templeton. ¡No era verdad! Mi conferencia hablaba precisamente sobre personas que, por motivos religiosos, la ven como un problema. Él no sabía mucho sobre el argumento, pero eso no le impedía tomar decisiones respecto a la vida de los demás. La tensión entre ciencia y religión es enorme y no sé cómo lograremos superarla. Sin embargo, en el ámbito científico vemos desarrollarse grupos de investigación interdisciplinarios. Estos grupos deberían abrirse mucho, como para integrar la filosofía, la historia y la teología, pero será necesario tiempo, por los prejuicios... Los científicos no ven precisamente cuál podría ser la contribución de los teólogos, y los ambientes religiosos están más bien intimidados por los científicos.

¿Cuál puede ser la contribución específica de los teólogos al debate científico?

Los científicos escrutan, analizan el mundo material. Tratan de entenderlo, pero no ven qué hay detrás del encuadre general. Pero los científicos aman, tienen una vida afectiva, viven en relación con otras personas y sienten emociones: en consecuencia, saben que existen otras dimensiones del ser. En cierto sentido, en ellos hay inevitablemente, una dimensión espiritual. La ciencia se nutre también de esa creatividad, de intuición, y cuanto más profundiza uno en las propias búsquedas, más percibe que no hay solo una dimensión material, hay del otro. Los teólogos pueden ayudar a los científicos a mejorar, en el sentido de que pueden impedirles permanecer aislados en su laboratorio.

¿Cuál puede ser la contribución de los teólogos ortodoxos sobre la evolución de la búsqueda bioética, la tecnológica y la ecológica, que son tres de sus principales campos de interés?

En el ámbito de la bioética y de la ecología, la reflexión ortodoxa ha hecho progresos. Pero hay puntos sobre los que es más lenta, como la reflexión tecnológica. Lo que los teólogos ortodoxos pueden poner sobre la mesa es la riqueza de su historia y de su forma de afrontar los temas, que no consiste en ofrecer respuestas sistemáticas a los problemas, sino ampliar la perspectiva integrando la pluralidad de los enfoques. Estando comprometida desde hace mucho tiempo con el diálogo entre ciencia y fe, me he confrontado a menudo con estudiosos de diferentes confesiones... Cuando discutimos del contenido de la fe, los tonos pueden encenderse un poco. Pero cuando hablamos de un tema externo a nosotros como las ciencias, nos encontramos generalmente de acuerdo. Por tanto pienso a menudo que el diálogo debería comenzar por temas externos a nosotros antes de afrontar argumentos internos. En realidad entre creyentes hay ya una unidad sobre un gran número de temas.



Vladimir Tatlin
«Composición
con superficies
transparentes»
(1916)

diálogo entre ciencia y fe

¿Cuál es el lugar de las mujeres en el debate teológico ortodoxo?

De momento se están realizando búsquedas para entender qué recorrido han realizado las mujeres que han conseguido participar en el debate teológico. Se ha visto que muchas de ellas han pasado por puertas escondidas. Es decir, no han sido formadas en los institutos de teología más prestigiosos. Muchas, en realidad, han hecho un recorrido similar al mío: vienen del ámbito de la búsqueda científica, de la comunicación, de la educación... Esto demuestra que los institutos de teología han permanecido cerrados a las mujeres. No porque las hayan rechazado, sino porque los futuros sacerdotes tenían el tiempo y los medios para dedicarse plenamente a esos estudios. Yo enseñé en un instituto de teología ortodoxa y desde hace poco tiempo estoy notando una nueva apertura a las mujeres y también a la diversidad de opiniones.

¿Quizá porque las mujeres tienen una voz específica para hacer escuchar en cuanto mujeres?

Yo trabajo en un laboratorio de investigación. Sé que las mujeres y los hombres aportan cada uno competencias específicas. Noto que las mujeres tienen un enfoque más holístico que los hombres. La experiencia de las mujeres es diferente: son mujeres, madres, conciben el mundo de forma diferente. Excluir a las mujeres de la reflexión teológica debilita la Iglesia. En general, el rechazo de la diversidad debilita a las Iglesias, y no se trata solo de presencia de los dos sexos, sino también de mezcla generacional, cultural... En mi laboratorio hemos acogido a un estudiante sordo. Al principio lo veía como una dificultad, pero después he descubierto que había compensado su sordera con una extraordinaria agudeza visual: veía cosas en el microscopio que ninguno de nosotros podía ver y así hacía nuevos descubrimientos.

¿Comparte el miedo expresado por un cierto número de personas respecto a la creciente incursión de la tecnología en nuestra vida y al desarrollo del transhumanismo?

Lo entiendo perfectamente. Amo la tecnología, el hecho de que podamos hacer esta entrevista por skype como si estuviéramos en la misma sala; hay cosas buenas en el uso que se puede hacer. Pero debemos fijar límites. Pero fijar límites es difícil, sobre todo en el ámbito del transhumanismo y de la técnica del "corta y pega del ADN". Actualmente no hay ningún instrumento de reglamentación para impedir un desarrollo más amplio. Nos encontraremos en la situación de tener que reglamentar a posteriori y no antes, y esto me preocupa muchísimo. El transhumanismo se está convirtiendo en un verdadero desafío social. Algunas tecnologías ya permiten mover un cursor en una pantalla con el simple pensamiento. Para las personas discapacitadas es un medio de comunicación inimaginable antes. Pero cuando se hace posible mover un curso con el pensamiento, se hace posible también enviar una bomba con el pensamiento, cosa que es



Kazimir Malevich «Mañana en el pueblo después de una tempestad de nieve» (1912)

terrorífica. La reflexión sobre la forma de reglamentar las aplicaciones tecnológicas es urgente y crucial. Las "tijeras moleculares" pueden, por ejemplo, corregir un gen defectuoso: efectuar la operación sobre las células de nuestro cuerpo podría quizá constituir un gesto médico positivo, pero hacerlo sobre gametos podría tener consecuencias irreparables para toda la humanidad. La Iglesia en sentido amplio debe comprometerse en un diálogo sobre estos temas. En los debates sobre las "tijeras moleculares", al menos en Estados Unidos, la Iglesia ha sido influyente: en cuanto que ha dicho "no jugamos con los embriones", los científicos han buscado formas diferentes de la investigación embrionaria para trabajar sobre "tijeras moleculares".



Usted ha hablado de las nociones de límite: ¿cómo establecerlo y quién debe establecerlo?

Es una ocasión para los teólogos comprometerse en estos temas. Los científicos pueden intuir cuál es el límite, pero no decidirán al respecto. ¡Serán las corporaciones, las empresas, el mercado! Y estos grupos son muy difíciles de controlar porque miran al beneficio. Si hay una posibilidad de fijar límites, es estableciendo un diálogo constante que influya en la sociedad en su conjunto, para que sea ésta la que pueda a su vez influir en las empresas. El margen de maniobra es muy reducido y es necesario gran sabiduría y discernimiento: y es aquí donde la Iglesia puede intervenir, porque es experta en este ámbito.

En sociedades secularizadas que después son en las que se realizan las investigaciones, ¿cómo puede la Iglesia ser reconsiderada un interlocutor destacado?

Debe abrir un diálogo que incluya científicos, empresarios, filósofos, teólogos, generar interés. Porque, desde el momento en el que la Iglesia se muestra a la sociedad sin permanecer encerrada en su ciudadela, comprometiéndose en el campo científico y cultural, la sociedad se interesa en ella. En Estados Unidos funciona.

Usted ha escrito que para algunos desafíos la rigidez ideológica es particularmente dañina. ¿Por qué?

Tener una vida espiritual presupone la apertura a las cosas que nos rodean, a los otros y a sus ideas. Cristo ha afrontado la rigidez de los fariseos y de otros grupos. La rigidez ideológica impide el crecimiento espiritual porque cuando creemos que lo sabemos todo, no progresamos y los otros no nos escuchan más. El cristianismo no es un concepto, es un modo de ser, un camino de conversión. Si uno piensa que ha llegado, no tiene ninguna posibilidad de convertirse en una persona mejor. Lo mismo vale para el científico. Si cree que sabe dónde se encuentra la solución de sus investigaciones, entonces no descubrirá nada más. A veces debemos considerar pistas que nos parecen locuras.



Gayle Woloschak

Gayle Woloschak, nacida en Estados Unidos en 1955, es profesora de radio-oncología, de radiología y de biología molecular en la escuela de medicina Feinberg de la Northwestern University de Chicago, y profesora adjunta de religión y de ciencias en la Lutheran School of Theology de Chicago y en el Instituto de teología de Pittsburgh. Científica de fama mundial, dirige un laboratorio de investigación. Ortodoxa, experta en bioética, se interesa sobre todo por la evolución biológica, investigación sobre células madre y ecología. Desde 2014 hasta el 2016 fue presidenta de la Orthodox Theological Society en EE. UU. y es actualmente vice-presidenta del Zygon para la Religión y la Ciencia.

Solamente el Evangelio

Bajo la ocupación nazi, Mat'Marija se desvivió por proteger a los judíos

DE LISA CREMASCHI DI BOSE

El 16 de enero del 2004 el Santo Sínodo del patriarcado de Constantinopla proclama santa a Mat' Marija, mujer extraordinaria, animada por una fuerte sed de autenticidad, rebelde frente a cualquier tipo de conformismo.

Elizaveta Jur'evna Pilenko, llamada Liza, nació en 1891 en Riga, pasó la adolescencia en San Petersburgo donde recibe una refinada formación intelectual. Se apasionó por la literatura, el arte, pero también por la política. Con dieciocho años se casó con un intelectual socialista: en su ingenua voluntad de ayudar a todos, quería salvarlo del alcoholismo. Lo dejará después de tres años, asqueada por la vida mundana de la burguesía de San Petersburgo, de las noches pasadas hablando de arte, de poesía, de política, bebiendo y fumando... Volverá entonces a la casa paterna en Anapa, a orillas del Mar Negro, deseosa de estar cerca de la gente sencilla. En los años sucesivos reside durante un cierto tiempo en Moscú, después de nuevo en Anapa; al estallar la guerra, regresa a San Petersburgo. Las infinitas discusiones sobre la reforma de la sociedad rusa no han llevado a ningún cambio real para la gente pobre; la guerra es fuente de ulteriores sufrimientos y miserias. En el deseo de profundizar sobre la fe, Liza pide realizar los cursos de la Academia teológica. ¡Una mujer que en 1915 quiere estudiar teología! Su petición es rechazada; Liza no se rinde y se presenta a los exámenes por cuenta propia.

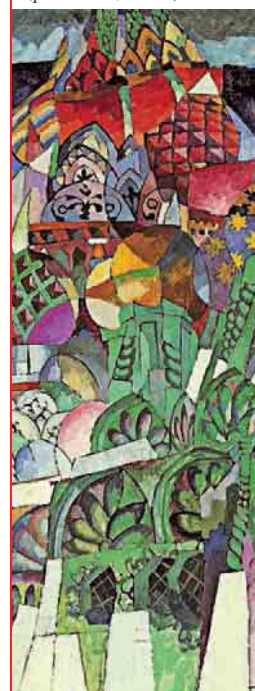
Cuando en su poema dedicado a la figura bíblica de Rut, Liza escribe «No es para mí un marido sabio, ni el destino de una esposa ordinaria. Mi camino es un sendero árido y en mi espalda una pesada cruz de madera», quizá, inconscientemente, está hablando de ella. Será necesario todavía tiempo antes de que llegue a la plena conciencia de su vocación; por el momento está todavía comprometida con la actividad política en las filas del partido socialista revolucionario y, con tan solo veintiséis años, resulta elegida vicealcaldesa de Anapa. En medio del caos de esos meses, trata de gobernar con firmeza e integridad moral. A la llegada de la armada blanca, la falsa acusación de ser filo-bolchevique le supone una condena a muerte de la cual se salva gracias a un oficial, Daniil Skobcov, fascinado con la joven mujer. Se casarán pocos meses más tarde y en seguida iniciará su peregrinar exiliados en tierras extranjeras; se establecerán finalmente en París.



La autora

Lisa Cremaschi nació en Bérgamo en 1952. Es una hermana de la Comunidad de Bose. Se dedica a la traducción de textos de los padres de la Iglesia oriental. Está además comprometida con actividades de predicación en parroquias y comunidades religiosas. Entre sus publicaciones para las Ediciones Qiqajon: En la tradición basiliana. Mujeres de comunión (biografías de monjas de la antigüedad); Comunión con Dios y con los hombres (en las enseñanzas de Doroteo de Gaza).

Aristarkh Lentulov «La catedral de San Basilio» (particular, 1913)



No obstante la aspereza de las condiciones de vida de exiliados y el inmenso dolor por la muerte, con tan solo cuatro años, de su última hija, Liza no permanece inactiva. Muy pronto se le confían responsabilidades directivas en el Movimiento cristianos de los estudiantes rusos, que la llevan a recorrer toda Francia buscando exiliados rusos, sobre todo los más pobres, los enfermos. Encuentra también tiempo para escribir, bordar, pintar y seguir los cursos en el instituto de teología ortodoxa Saint-Serge.

En 1932, pocos días después de haber obtenido el divorcio eclesiástico de Daniil Skobcov, Liza pronuncia los votos monásticos. Asume el nombre de Mat' Marija, inspirándose en María Egipciaca, la prostituta que se convirtió en ejemplo de amor pasional transformado en ardiente amor por el Señor.

En tiempos de grandes cambios en el mundo, Mat' Marija quisiera un cambio radical también en la vida monástica. «No se nos concede seguir las tradiciones del pasado, no podemos limitarnos a repetir» en «un obstinado deseo de corroborar a cualquier precio las viejas formas a pesar de la situación que ha cambiado». Es necesario comprender las exigencias de los tiempos, adhiriendo a la realidad, a la historia que cambia. «El principio fundamental de la ascética es una gran sencillez, un corazón que se dilata sin límites». No nos salvamos solos.

A propósito de un artículo suyo titulado La mística de las relaciones interpersonales, decía: «Es el tema de mi vida... Existen innumerables guías y manuales de instrucción sobre la relación con Dios, mientras que no se ha escrito nada sobre la mística de la relación interpersonal. El camino del amor de Dios pasa por el camino del amor del prójimo y no existe otro camino».

No se puede separar el sacramento del altar del sacramento del hermano.

Mat' Marija combatió toda la vida contra cualquier forma de idolatría, la del poder, la ideológica, pero sobre todo esas formas sutiles de idolatría que se esconden en una vida religiosa, «ídolos más sutiles, más refinados, el culto de mi familia, de mi arte, mi creatividad, de mi camino, mi grandioso "orden de vida"». ¿Qué queda? ¡El Evangelio!

La casa de rue Lourmel, a la que trasladó la pensión para mujeres pobres creada por ella, se convierte en lugar de acogida para pobres, enfermos, desempleados. Trata de ayudar a cada uno y para todos tiene palabras de consuelo. Mientras tanto se suceden pruebas dolorosas: la muerte de la primera hija, la partida de las monjas que vivían con ella exasperadas por su espíritu de independencia y por su intolerancia ante cualquier regla. Pero hubo también quien se deja fascinar y arrastrar por su entusiasmo, como el padre Dmitriy Klepinin que se convierte en capellán de la pensión.

Bajo la ocupación nazi, Mat' Marija se desvive por esconder judíos. Decía: «No existe un problema judío, hay un problema cristiano... Si nosotros fuéramos cristianos auténticos, nos pondríamos todos la estrella amarilla».

Arrestados por la Gestapo el 8 de febrero de 1943, Mat' Marija, su hijo Jurij y el padre Klepinin serán deportados. Mat' Marija muere en Ravensbrück a finales de abril de 1943.

Se puede permanecer perplejo delante de un recorrido de vida tan «desordenado», pero es precisamente este «desorden», su pasión constantemente traducida en com-pasión que hace de Mat' Marija una mujer extraordinariamente viva y extraordinariamente santa.

DE OLGA LOSSKY



Un puente entre oriente y occidente

Dios escribe recto con renglones torcidos» amaba repetir Élisabeth Behr-Sigel. Esta frase ilustra plenamente su recorrido de mujer teóloga ortodoxa cuya compleja existencia, en todo el siglo XX, ha contribuido a construir un puente entre las tradiciones cristianas de oriente y occidente.

Nacida en 1907 en Estrasburgo, de padre alsaciano luterano y madre hebrea de Bohemia, Élisabeth fue bautizada y educada en la religión del padre. Crecida en la cultura alemana, la re-anexión de Alsacia a Francia en 1918 contribuyó a una primera ruptura cultural y lingüística para la niña, inmersa de repente en un mundo francófono, mientras veía a sus jóvenes amigas alemanas expulsadas de la tierra donde habían crecido. De esa infancia confluyente de dos países y de dos religiones conservará una gran curiosidad por lo que es diferente y también el deseo de hacer dialogar a dos pueblos.

De adolescente, Élisabeth frecuentaba los campos de la Fédé (Federación de las asociaciones cristianas de estudiantes) donde se encontraba con personalidades como

Suzanne de Dietrich o el pastor Marc Boegner, que la despertaron a la realidad de la fe en Cristo. La joven decidió entonces estudiar teología, pero no pudiendo inscribirse a la facultad de teología protestante de Estrasburgo que era solo para hombres, emprende un ciclo de estudios filosóficos. En 1927 forma parte del primer grupo de mujeres admitidas a sentarse en los bancos de los cursos de teología. Allí conoce algunas jóvenes rusas ortodoxas que han huido de la revolución bolchevique. Bajo su influencia descubre la teología de la Iglesia de oriente y de pensadores ortodoxos como Chomjakov y su ideal de catolicidad.

Gracias a un congreso de la Fédé en París, Élisabeth tuvo la oportunidad de participar en una celebración pascual ortodoxa en el instituto Saint-Serge. Se quedó profundamente conmovida. Al año siguiente, en 1928, decidió proseguir los estudios de teología en París, para conocer mejor esa Iglesia de oriente que la atrajo tan profundamente. Tuvo así la oportunidad de frecuentar de forma regular la primera parroquia ortodoxa de lengua francesa, cuyo sacerdote era el padre Lev Gillet, un ex monje benedictino, uniata, que hizo la elección de unirse a la Iglesia ortodoxa. De extracción oriental, el padre Lev era la persona adecuada para hacer descubrir a la joven mujer la vertiente oriental del cristianismo. Siguiendo su ejemplo, en 1931, Élisabeth decidió entrar en la comunión de la Iglesia ortodoxa.

Esta elección de unirse a una Iglesia en la que discierne su camino personal hacia Cristo no está sin embargo acompañada de un rechazo de su confesión de origen. Mientras continúa, durante toda la vida, profundizando en la tradición ortodoxa, la futura teóloga se propone hacer accesibles las riquezas de la Iglesia de oriente a un público occidental.

Lejos de cualquier proselitismo, este enfoque tiene como fin contribuir a restablecer el diálogo entre los dos polos de la cristiandad, cuyas divisiones históricas han sido a menudo el fruto de una falta de comprensión recíproca debida a horizontes culturales y lingüísticos

diversos. La rectitud moral, unida a un gran rigor intelectual, permitirá a Élisabeth llevar adelante un diálogo exigente, ajena a cualquier simplificación o compromiso doctrinal, que no teme ir al núcleo de las cuestiones delicadas para tratar de encontrar vías de conciliación.

En 1931, poco después de la adhesión a la Iglesia ortodoxa, Élisabeth fue a Berlín, para preparar su trabajo de investigación universitaria dedicado a diferentes tipos de santidad rusa. Allí asiste al ascenso del nazismo y a la creciente enemistad entre dos pueblos a los que se siente sin embargo pertenecer en igual medida.

Al regreso de Alemania, en 1932, Élisabeth no teme responder al llamamiento de una pequeña parroquia protestante de Vosgi, desde hacía mucho tiempo sin un pastor. Allí se ocupa del culto y del apoyo espiritual a las familias, convirtiéndose así en una de las primeras mujeres en ser investida con un encargo pastoral.

Consciente de su particular posición confesional, la joven no administra los sacramentos y se limite a las tareas para las que sabe que ha sido investida –en el contexto de una gran penuria espiritual– del sacerdocio real conferido por el bautismo. Esta experiencia única concluye cuando, en 1932, se casa con el químico André Behr, un inmigrante ruso conocido en Estrasburgo.

Élisabeth se estableció con el marido en Nancy, donde permanecerá durante más de treinta y cinco años. Allí se divide entre el cuidado de su familia –tuvo tres hijos– y la enseñanza del alemán, y después de la filosofía, que es su actividad retribuida, y sus investigaciones teológicas. La teóloga anima un pequeño círculo ecuménico formado por algunos de sus vecinos, que durante la segunda guerra mundial se convierte en un foco de resistencia espiritual y sostiene las actividades clandestinas de todo componente (los Behr escondían una niña judía). Los años de guerra representan para Élisabeth un tiempo de vida intensa, como testimonio en los diarios que tuvo en ese periodo y que muestran el apoyo real en momentos de prueba que ha constituido la presencia de Cristo.

Después de la guerra, y en paralelo con la enseñanza, Élisabeth inicia su tesis de doctorado centrada en la figura del teólogo ruso del siglo XIX Aleksandr Bukharev. Este monje, que volvió a vivir en el mundo después de haberse opuesto a su jerarquía, aboga por un diálogo urgente entre la Iglesia y la sociedad contemporánea, urgencia que no fue comprendida por las autoridades eclesiales de su época.

Sensible, como Bukharev, a la necesidad de actualizar el mensaje del Evangelio para que pueda ser proclamado y comprendido aquí y ahora, Élisabeth se compromete con diferentes iniciativas dirigidas a inculturar la fe ortodoxa en Europa occidental, introducida por las diversas oleadas de inmigrantes. En 1958 participa en la refundación de «Contacts», principal revista de teología y de espiritualidad ortodoxa en francés. En los años setenta está también entre los promotores de la Fraternidad ortodoxa en Europa occidental, organismo que trabaja para acercar a los ortodoxos de todo origen étnico con el fin de reducir las brechas culturales unidas a las distintas oleadas migratorias, para que todos tomen conciencia de pertenecer a una única Iglesia. En este espíritu, la Fraternidad organiza grandes congresos panortodoxos para hacer que las personas puedan encontrarse.

Fue en 1968, ya jubilada, cuando Élisabeth Behr-Sigel pudo dedicarse plenamente a su campo preferido, que es la teología. Se mudó a la región parisina después de la muerte de su marido, y multiplicó los artículos y conferencias, en ámbito tanto ortodoxo como ecuménico. En las reuniones del Consejo ecuménico de las Iglesias, en el Institut supérieur d'études œcuméniques, de la que fue vicepresidenta durante más de un decenio, en todos lados contribuye a hacer avanzar la reflexión teológica, para favorecer el encuentro entre los cristianos de las diferentes tradiciones. De la misma forma continúa uniendo el plano intelectual con la actuación cotidiana del mensaje evangélico, en el seno de su parroquia y en su ambiente, de acuerdo con los ortodoxos de diferentes orígenes y los cristianos de otras confesiones.

Élisabeth contribuye a dar a conocer las grandes figuras de la escuela teológica de París, como el padre Serge Bulgakov, Paul Evdokimov o también el padre Lev Gillet, personas que conoció en su juventud. Se compromete con hacer revivir la memoria de Marie Skobstov, religiosa rusa fundadora de un centro de acogida para los más pobres en París en los años treinta, fallecida en la cámara de gas en Ravensbrück en 1945 por haber salvado judíos, y que en 2003 se convirtió en santa Marie de París.

Particularmente sensible al tema del rol de los laicos en la Iglesia, y más, de las mujeres, Élisabeth Behr-Sigel se interroga sobre la forma en la que cada uno puede ejercer su carisma en la comunidad. Acoge también el desafío de interrogarse sobre la posibilidad de ordenación de las mujeres en la Iglesia ortodoxa. Élisabeth abre aquí un nuevo campo de reflexión teológica, que permitirá cambiar las mentalidades en este ámbito y recuperar el significado original de la noción de sacerdocio. La mayor parte de sus obras publicadas será sobre este tema.

Es en el atardecer de una vida plena, regresando de un ciclo de conferencias en Gran Bretaña, que la teóloga, a los 98 años, se duerme para su reposo eterno. Deja, además de una numerosa descendencia de las nacionalidades diferentes, parecida a su misma diversidad, la imagen de una mujer enamorada de la buena noticia del Evangelio que no tuvo miedo de afrontar las cuestiones teológicas actuales más delicadas, como el diálogo ecuménico y la ordenación de las mujeres, para proponer respuestas audaces, que entran por tanto plenamente en la tradición de la Iglesia.



Élisabeth
Behr-Sigel



La profundidad espiritual de Sonja

La obra de Dostoevsky trasluce un alma profundamente ortodoxa

DE SIMONETTA SALVESTRONI



El corazón de la espiritualidad ortodoxa se ilumina por las novelas de Fedor Dostoevsky. Entre sus personajes que tienen un rol de guía –el monje Tichon de los *Demonios*, el stárets Zosima de los *Hermanos Karamazov* y su discípulo Aleša en *Crimen y castigo* (1866)–, la única guía espiritual, quien tiene un efecto fortísimo sobre el atormentado asesino Raskol'nikov, es una mujer, Sonja Marmeladova. Sonja es una prostituta empujada a la profesión por la angustia que siente frente a la miseria y al

hambre de su familia, arruinada por la debilidad del padre borracho.

Esta elección, como más tarde la de otra Sonja, la mujer adúltera del Adolescente, ha dejado perplejos a algunos teólogos y filósofos. Estos personajes –han escrito– no solo no pertenecen a la Iglesia sino, en cuanto pecadores, no participan en las liturgias y los ritos ortodoxos. Pero se olvida que las mujeres como estas tienen un rol importante en los Evangelios (cfr. Mateo 21, 31, Lucas 7, 36-47).

También en las obras precedentes ninguno de los personajes tiene la fuerza detonante de la fe de Sonja.

Dostoevsky trabajaba tomando apuntes que todavía se conservan. El 7 de diciembre de 1865 el escritor anotaba una frase que pone en boca a Sonja: «En una situación de comodidad, en la riqueza, probablemente vosotros no habréis visto ninguna de las desgracias humanas. Dios manda a aquel que ama y en el cual espera muchas desgracias, para que tenga experiencia personal y desarrolle un mayor conocimiento, porque el dolor humano se ve mejor cuando se sufre que cuando se es feliz». Esta frase prepara la nota del 28 de diciembre de 1865 en la cual, reorganizando los distintos hilos del texto que está elaborando, Dostoevsky escribe en letras mayúsculas «idea de la novela 1) la concepción ortodoxa, en qué consiste la ortodoxia: No se tiene la felicidad en una situación de comodidad. Es a través del sufrimiento que esta se alcanza. Esta es la ley de nuestro planeta, pero este conocimiento directo, percibido a través del proceso vital, es una alegría tan inmensa que se puede pagar con años de sufrimiento».

Este pasaje, que es el núcleo vital entorno al cual el escritor elabora no solamente el libro de 1866, sino también los textos sucesivos, expresa parafraseando un concepto que está en la base de la concepción de Isaac de Siria, tan citado por los starcy de Optina y de otros autores ortodoxos.

«Aflicciones, preocupaciones, tentaciones, forman parte de los dones que Dios nos manda para preparar el camino (...). Nadie puede ascender al cielo viviendo en las comodidades. Sabemos dónde conduce el camino de las comodidades. No rechazar las tribulaciones porque por medio de ellas entrarás en el conocimiento. No temer las tentaciones porque en ellas encontrarás bienes preciosos (...). Beato el hombre que conoce su debilidad. De la comparación con la propia debilidad conoce también cuán grande es la ayuda dada por Dios. No hay un hombre que tenga necesidad y pida y no sea humillado. Y apenas el hombre es humillado, en seguida lo rodea y lo envuelve la misericordia (...). Quien de una vez haya conocido esta hora, de ahora en adelante tendrá la oración como un tesoro. Todas estas cosas bellas nacen en el hombre de la percepción de su propia enfermedad. De aquí de hecho por deseo de ayuda se estrecha a Dios. Y cuanto más se acerca a Dios con su pensamiento, más se acerca Dios a él con sus dones y, por su gran humildad, ya no le quita su mirada en él».

Es entorno a estas ideas que el escritor construye su novela. Sonja ha pasado a través del sufrimiento desesperante de venderse a sí misma para dar de comer a los ancianos, los niños de su familia, al padre borracho, despreciado por todos, para el cual la habitación donde ella viva es «el único lugar donde ir», el único donde puede ser acogido sin reproches.

La historia de Raskol'nikov, que ha matado para probarse a sí mismo si era un «mezquino» o un hombre capaz de cumplir grandes cosas en el mundo, aparece sostenida por un diseño providencial. Hay un hilo subterráneo que une eventos diferentes, aparentemente casuales. Lizaveta, víctima de Raskol'nikov junto a la hermana usurera, lleva a Sonja un Evangelio. Raskol'nikov es enviado a Marmeladov y, a través de él, es enviada Sonja, que a su vez le transmite el mensaje de fe, de humildad y de mansedumbre de la mujer que él ha matado accidentalmente.

Rehaciéndose a su experiencia personal de culpable y de marginado, Dostoevsky deja que el Nuevo Testamento ilumine la pobre habitación de la prostituta Sonja, como en otras circunstancias ha sido el único texto consentido

y la única luz posible en la vida de los habitantes de la colonia penal, que el escritor ha compartido.

Al principio del encuentro, Raskol'nikov atormenta a la chica, como si quisiera ponerla a prueba: «Entonces, Sonja, ¿tú rezas mucho a Dios?». «¿Qué sería sin Dios?» murmuró ella. «¿Y Dios qué hace por ti?» le preguntó continuando su interrogatorio. «¡Él hace todo!» susurró con voz agitada, bajando de nuevo los ojos».

La primera confesión pronunciada en esta habitación no es la del asesino, sino es la revelación de sí misma que la joven hace a través del tono de voz, las pausas, el modo en el que lee el pasaje de Juan. Lo que Raskol'nikov, perdido en sus abstractas reflexiones, no comprende, lo expresa este personaje manso y humilde, vibrante de una alegría que pasa a través del dolor. Es un encuentro sobrecogedor para el protagonista de la novela, cuya rebelión nace, no del conseguir dar sentido a la presencia del mal en el mundo, que él mira con disgusto como algo extraño a sí mismo y a aquellos que quiere. En el encuentro con Sonja, Raskol'nikov experimenta por primera vez la bondad, la fe, la luz de este ser, hacia el cual se siente profundamente atraído, y contemporáneamente siente la presencia en la vida de ella de una culpa que la humilla. La sinceridad y la acogida de Sonja son capaces de atraer a su interlocutor en una dimensión de apertura recíproca y de revelación de sí, que se lleva a cabo a través de una lectura del pasaje de Lázaro.

El pasaje es de extrema importancia para Sonja, que, después de su experiencia devastadora, siente con toda la fuerza de su ser haber «vuelto a la vida» y funda sobre estas palabras el significado de su existencia, bajo cualquier otro punto de vista absolutamente infeliz. El retraso de Cristo, que no va enseguida a ayudar al amigo enfermo porque todavía no ha llegado la hora, tiene en la historia de la novela un significado profundo. Raskol'nikov quisiera todo y enseguida, la inmediata realización de los propios deseos. En *Crimen y castigo*, la respuesta está en la fuerza misma de este pasaje evangélico y junto a la intuición y a la fe contagiosa de Sonja, que no solo cree en estas palabras sino que las vive con todo su ser.

«Se acercaba al momento del milagro y un sentimiento de triunfo se había apoderado de ella. Su voz había cobrado una sonoridad metálica y una firmeza nacida de aquella alegría y de aquella sensación de triunfo. Las líneas se entremezclaban ante sus velados ojos, pero ella podía seguir leyendo porque se dejaba llevar de su corazón». Gracias a la temblorosa participación del personaje, que pronuncia esas frases como si fueran referidas a sí misma,

las palabras del pasaje de Juan se convierten en vivas y actuales también para el oyente Raskol'nikov: dirigidas no solo a la pequeña multitud de la escena evangélica, sino precisamente a él y a la mujer que le lee en ese preciso momento. Cristo no actúa enseguida para ayudar a Lázaro, ni para socorrer a los dos protagonistas de la novela, porque el proyecto divino es más complejo que eso que aparece a los «ciegos judíos» y a los personajes atormentados de Dostoevsky. Requiere por parte de los hombres un proceso de autoconocimiento a menudo doloroso, una participación activa y la disponibilidad de ser instrumentos de renacimiento, testigos el uno para el otro. Sonja y Raskol'nikov son liberados de hacer el mal y de acoger las tentaciones que les atormenta, hasta el momento en el que llegan a morir a su viejo yo: a conocer la propia debilidad e impotencia.

En el momento en el que inicia la acción de la novela, Sonja, aun sufriendo, vive su vida con la misma confianza y conciencia de quien comprende que eso que se pide a Dios puede no ser dado, porque su proyecto es más alto. Como las hermanas de Lázaro, como María en el episodio de las bodas de Caná, es ella con su amor y su fe sin reservas la que intercede por Raskol'nikov y a arrastrarlo, casi a pesar de ello, hacia un camino que él no sería capaz de emprender y recorrer solo.

Aunque sea a regañadientes, el protagonista acepta confesar su culpa e ir a la colonia penal en Siberia. Sonja le acompaña y cuida de él y de los otros trabajadores forzosos, que la acogen con admiración y ternura. En este lugar de pena Raskol'nikov llega a descubrir su miseria y su debilidad conociéndose a sí mismo hasta el fondo.

Un monje ortodoxo muerto en 1983 y canonizado en 1987, Silvano de Athos, describe con claridad poética esta situación: «El Señor ama a los hombres, pero permite que las pruebas les golpeen. Así ellos pueden reconocer su impotencia y humillarse y, gracias a su humildad, recibir el Espíritu Santo. El alma del hombre humilde es como el mar. Lanza en el mar una piedra:

turbará apenas la superficie, e inmediatamente se hundirá. Así se hunden las pruebas en el corazón del hombre humilde, porque el poder del Señor está con él».

En *Crimen y castigo* y en toda la obra del escritor, Sonja es capaz de realizar y transmitir a los otros una dimensión interior de un paraíso aún frágil en la tierra hecho de amor, de compartir, de acogida, de una alegría que pasa a través del dolor y logra vencerlo y transformarlo.



La gente está cansada de moralismos y de respetabilidad

DE KATERINA SPYROS DIAMANDOPOULOU-ZIMOURI

La mujer de un presbítero está junto a su esposo y a sus hijos como cualquier otra mujer cristiana. Esta es la verdad más importante de su condición de vida. Si creyera ser algo diferente a las otras de la comunidad, correría el riesgo de perder la verdad de su persona y de silenciar dentro de sí la voz de todas esas realidades que son la sustancia de nuestra vida. Es muy fácil para ella o para su compañero atrincherarse detrás de modelos y tareas imaginarias, perdiendo la esencia, no solo del sacerdocio, sino también de su relación. Tengo la impresión de que la imagen que la mujer de un presbítero tiene de su lugar y de su tarea en la Iglesia generalmente es análoga a la que tiene su esposo del sacerdocio: si el presbítero tiene una falsa imagen del sacramento del sacerdocio, piensa que eso lo pone por encima de los otros, de los laicos, entonces también ella adoptará una actitud arrogante y molesta.

El centro de la vida de la mujer de un presbítero –como de cualquier otro miembro de la Iglesia que quiere tomar en serio su fe– es Cristo, y no el trabajo social o pastoral. Si es atrapada en expectativas comunitarias y en estereotipos espirituales no inspirados por el amor y la auténtica alegría es casi seguro que su lugar en la Iglesia se convertirá en un peso insostenible.

Una pareja en la que el marido sea el presbítero, sobre todo en Grecia donde la vestimenta del sacerdote es tan diferente a la de la gente común, difícilmente pasa inadvertida. A menudo se convierte en objeto de miradas indiscretas e insistentes por parte de la gente

que, a veces, pronuncia palabras de viva desaprobación. Son momentos en los que te sientes como examinada con un microscopio para ver cuánto mides, cuánto resistes, y quizá qué distinta eres de sus expectativas.

Depende de la pareja decidir cuánto espacio dejar a las consecuencias de este peso. Si pierden la ternura recíproca, si su rigidez en campo religioso y social determina sus elecciones, entonces es casi seguro que su vida –y en particular la de la mujer– terminará siendo deprimente. La unicidad de una relación en su momento espontánea y libre se romperá bajo una sofocante obligación de “sacrificio”.

Lamentablemente son muchos lo que miran a la Iglesia como a un factor institucional de la sociedad, personas duras en los juicios, miopes, incapaces de comprenderse a sí mismos como miembros de una comunidad que forma el cuerpo de Cristo y que evoluciona continuamente. Pero están también los que se crean una imagen idealizada de las personas. Esto sucede muy a menudo con la imagen que espera ver en la familia de un presbítero; se crea así una carga tentadora, la de deber ser un modelo.

Lo que muchos de nosotros buscan en las relaciones es algo sencillo pero al tiempo diferente: es la verdad, la espontaneidad, una sonrisa tierna, un interés pleno de discreción, la coherencia, la confianza recíproca y una alegría creativa. Son estas las cualidades que deberían impregnar la vida de la mujer de un sacerdote y, en general, de una mujer cristiana, en las relaciones con las personas que encuentra y sobre todo con sus familiares.





Basándome en mi experiencia, diría que cada vez más jóvenes desean que discutamos de la relación de pareja. A veces vienen con curiosidad tímida y preguntan si es difícil ser la mujer de un sacerdote, mucho más por el hecho de que mi marido muy a menudo está en el extranjero por necesidad de la misión. Y en realidad me consuela responder con sinceridad que todo va mejor si uno tiene una actitud positiva, si se tiene confianza en la pareja y no se deja nunca de ser sincera con él. Es muy consolador poderse apoyar el uno en el otro, no temer el compartir y la exposición al público. He encontrado muchas mujeres de sacerdotes que buscan siempre mostrarse perfectas, una especie de maniquí. Prefieren transmitir y aconsejar certezas y no ser aconsejadas; temen perder la imagen inmaculada de la familia de un sacerdote. Esto, bajo mi punto de vista, ¡es una tragedia! Ninguna relación humana, ninguna familia es perfecta. Todos estamos en camino, buscando el Perfecto que no es otra cosa que Dios. La gente está cansada de moralismo y de respetabilidad. Considero que nuestro tiempo ofrece una oportunidad preciosa para aprender a custodiar lo que es verdadero y sincero en las relaciones humanas.

La apariencia exterior de la mujer de un sacerdote en Grecia –sobre todo en provincias de mentalidad más bien cerrada– es objeto de malentendidos. Lamentablemente eso implica la apariencia exterior de los cristianos, sobre todo de las mujeres. En un tiempo nadie habría dicho que existe un código de «vestimenta ético». El largo de la falda o de las mangas dependían de la transformación de los vestidos.

Cuanto más conservadora era una mujer, introvertida y flemática, más aparentaba como “inmaculada” y “merecedora”. Por suerte en los últimos años tales exageraciones se convierten cada vez más en marginales. ¡Ay si nuestra lucha espiritual se limitara a la cantidad de tela que llevamos, la forma en la que llevamos nuestro cabello, al color de los vestidos que llevamos! Es muy importante para una mujer cristiana, sea mujer de sacerdote

o no, apreciar lo bello, buscar la belleza sin convertirla en un fin en sí. San Juan Crisóstomo, que mostró particular veneración por el tema de las bodas, insiste en la concordia de las almas pero también de los cuerpos de los cónyuges y trata con gran interés temas aparentemente secundarios como el aspecto exterior de los esposos y su empeño en reavivar la alegría recíproca.

La mujer del sacerdote y su esposo avanzan junto con el resto del rebaño a lo largo del camino, en la espera de la resurrección de los muertos, teniendo como único modelo Cristo y ofreciendo su amor incondicional. En esta visión todos los cristianos estamos llamados a convertirnos en «sal de la tierra» (Mateo 5, 13), modelos de pareja, de padres, de amigos, de colegas.

No es fácil para la mujer de un presbítero “repartir” a su marido. Como no es fácil para los hijos de un sacerdote repartir a su padre con sus hijos espirituales. Hay momentos en lo que crees perder el derecho exclusivo al amor, no en la sustancia sino en la cotidianidad. También esto requiere una valiente superación de sí por parte de la mujer. Es el deseo de un amor sin condiciones del que hemos hablado antes, el deseo de servir el cuerpo de Cristo, del que cada uno es miembro. Sirviendo a los otros seis te beneficias a ti mismo porque también tú perteneces al mismo cuerpo. Un proverbio griego dice: «Cuando riegas el huerto del vecino, nutres también el tuyo».

Mi experiencia cotidiana, pero también el trato con parejas en las que el marido es presbítero, me ha confirmado que cuanto más es discreta y poco ruidosa la participación de la mujer del sacerdote en el trabajo de su marido, más normal es no solo la relación sino también la relación del sacerdote con su rebaño. La mujer del sacerdote tiene muchas formas de ayudar en el trabajo pastoral de su marido y las más eficaces son las que no hacen ruido. Es muy importante que ayude dónde y cómo pueda, con discreción y en la incesante convicción de desempeñar también ella una diaconía junto a muchos otros en el seno de la Iglesia.

Hacer brillar el deseo del encuentro

MATEO 25, 1-13

En los últimos días que pasa con sus discípulos, antes de su pasión y muerte, Jesús quiere dejar un mensaje fuerte e insistente sobre lo que serán llamados a vivir en su futuro de las secuelas, les está preparando a vivir su ausencia y les dona la promesa de su retorno en la gloria.

Jesús narra un encuentro: el que sucede entre el esposo que viene y las jóvenes que forman el cortejo festivo de la esposa. Pero cuenta también y sobre todo un tiempo, el tiempo de espera, indeterminado: el momento de la venida es incierto y no le corresponde al hombre decidir el momento de esta venida, porque limitaría nuestra disponibilidad a acoger. Este es el error de las cinco vírgenes definidas como necias: con su ir hacia el esposo presuponen poder determinar el momento del encuentro, de la fiesta, no tienen en cuenta el imprevisto, la indeterminación, el retraso del esposo. Es él el verdadero protagonista, el esperado, el que tiene que venir, el banquete está preparado por él, a nosotros sin embargo pide la colaboración de la espera.

Espera es por tanto la forma en la que el Evangelio nos indica para vivir el presente. Y la de Jesús es una pregunta sobre cómo queremos vivir este tiempo, sobre cómo decidimos esperar su venida.

Diez vírgenes, todas acogen la invitación al encuentro, tomando consigo las lámparas necesarias para iluminar el camino de la noche. Pero no basta ponerse en camino. La espera es larga, ninguno de nosotros está exento del cansancio, del peso de la cotidianidad, de la fatiga y de los sufrimientos, de las dudas que el camino puede presentar. Es difícil permanecer vigilantes, tensos por el encuentro con el Señor, para todos existe el peligro de dormirse. Sin embargo, lo que es importante es estar, también dormidos, pero permanecer a la espera, también en la noche, continuar creyendo y esperando en la promesa recibida porque solo «el que persevera hasta el fin, ese se salvará» (Mateo 24, 13). Esta es la sabiduría de las cinco vírgenes: han tomado consigo lo que necesitan para la espera, para perseverar: el aceite. No es una virtud extraordinaria, que requiere dotes particulares. No, es una cualidad humana, cotidiana, es la disponibilidad para pararse y reflexionar frente a lo que vivimos, sin huir de la verdad profunda que descubrimos en nosotros, es capacidad de prever, de tener en cuenta que puede haber un imprevisto, un retraso en la llegada del esposo.

El tiempo de la espera, el tiempo presente nos llama por tanto a una gran y personalísima responsabilidad. Es la responsabilidad hacia un camino emprendido, hacia una elección hecha, la responsabilidad de cultivar y tener acceso a lo que nos ha puesto



Gaetano Previati, «La danza de las horas» (en torno a 1899)

en movimiento: el deseo del encuentro con nuestro Señor. El aceite que las jóvenes sabias toman consigo es precisamente este deseo, es nuestra relación personalísima, que no se puede compartir, que no se puede adquirir, con aquel que esperamos, es el calor ardiente que nos ha puesto en movimiento hacia una plenitud de luz y de vida. Las existencias de este aceite tienen que ser renovadas, no son dadas una vez para siempre: piden que se continúe eligiendo la secuela, nuestro esperar, reelegir ser luz y no tiniebla. Tener viva la lámpara significa saber tener vivo el deseo del encuentro, vivir en la esperanza y en la confianza, no en nuestro paso, en nuestro movernos hacia, sino ir al encuentro del Señor, que llevará a cabo la obra.

¡Un sí no basta! Es el sí del cotidiano al que Jesús nos invita, de nuestro cotidiano, porque es hora, es ahora que se vive la espera y se prepara al encuentro. En este aquí y ahora, mezcla de presente y futuro, nos es dado para vivir nuestra vocación, nuestra adhesión al Evangelio, este es el tiempo para estar preparados para poder entrar en la sala antes de que se cierre la puerta. El tiempo en el que, según la exhortación del autor de la Carta a los hebreos, debemos correr «con fortaleza la prueba que se nos propone, fijos los ojos en Jesús, el que inicia y consuma le fe» (12, 1-2).

Un autor monástico de los primeros siglos, en sus enseñanzas advierte a los monjes de esta manera: «He encontrado hombres llenos de fervor de espíritu que entrados al servicio de Dios han perseverado en este fervor el resto de su vida; al contrario, muchos, después de haber iniciado en el grado más alto, han caído en la tibieza. Ellos no hicieron nada para iniciar la propia conversión de forma tan sublime, ya que no se han esforzado para terminar su vida de forma consecuente» (Juan Cassiano, Conferencias III, 5,1).



EN EL NUEVO TESTAMENTO

Lo que acaba de sucederme en Tiro

DE ELSA TÁMEZ

Fue increíble, no me había sucedido antes. ¡Una mujer pagana me ha abierto la mente! ¡Una mujer! ¡Y pagana! No lo olvidaré nunca, ha sido la chispa que me ha lanzado en una misión que va más allá de mi pueblo hebreo. Una misión universal. Pero dejadme que os cuento todo desde el principio.

Estaba un poco de malhumor cuando pasé la frontera norte de Galilea directo a Tiro. Había tenido una fuerte y larga discusión sobre el concepto de puro e impuro con algunos fariseos y escribas que habían venido de Jerusalén (Mateo 7, 1). Por otra parte en mi tierra debía actuar con mucha cautela porque los fariseos y los herodianos estaban confabulando para eliminarme (Marcos 3, 6). Quería descansar un poco, no quería que se supiera dónde estaba, así atravesé la frontera, llegué a la región pagana de Tiro y vine aquí, a casa de un conocido mío, un hebreo. No había vuelto a una región de los gentiles desde cuando había curado un endemoniado en el pueblo de los gerasenos, en la Decapoli. La gente de Gerasa se había asustado y me había pedido que me fuera (Marcos 5, 15-17). El hecho de haber sido rechazado no me había herido porque no vine para enseñar a los gentiles, sino para reformar a mi pueblo.

Por eso, para descansar, decidí volver a escondidas a una región pagana y vine a Tiro. Pero no lo conseguí porque, aunque haya insistido mucho en decir a los enfermos allí en Galilea que no hablen de mí, ellos no han podido. La gracia poderosa de Dios era una experiencia demasiado fuerte, que no podían callar. Sin que yo quisiera, las noticias sobre mis actos y mis enseñanzas se habían difundido tanto entre mis conciudadanos hebreos que superaba las fronteras y llegó a los lugares de los gentiles. En Tiro una mujer se enteró de que me encontraba allí, que había entrado en una casa, esa de la que os estoy hablando. Y bien, la puerta estaba abierta, y ella, sin pedir permiso, entró en la casa, corrió hacia mí y se arrodilló. Yo la vi, y debo admitir que me molestó. Quería descansar, estaba de mal humor, estaba en una tierra impura, y no quería ver a nadie. Y todavía menos a una pagana que había osado venir hasta aquí, sin respetar las barreras culturales. Mi mente estaba invadida

por pensamientos que motivaban mi rechazo hacia esa mujer descarada. El primer lugar todos saben que los habitantes de Tiro y nosotros hebreos no somos muy amigos. Ellos se aprovechan de nuestros campesinos, importan nuestros productos agrícolas pero no pagan lo debido. Nos discriminan porque somos más pobres, presumen de ser de la gran ciudad de Tiro, piensan que somos ignorantes; en tiempos de guerra probablemente matarían a quien de nosotros pasara las fronteras (Flavio Josefo). Precisamente de esto estaba hablando con mi amigo hebreo de Tiro, de las tensiones entre hebreos y gentiles que viven aquí.

Yo estaba en este estado de ánimo, y ella, de forma imprudente, llega, entra y se arrodilla a mis pies. Al principio, lo admito, no sentí compasión, solo quería que se fuera. Pensándolo bien, no sé ni siquiera porqué, normalmente no soy así.

Ella estaba allí, una mujer culta, se percibía claramente su porte helenizante. Hablaba un griego mejor que el mío. Era originaria de Fenicia, de la provincia romana de Siria, se podría haber dirigido a mí en arameo. Pero habló en griego. Se podía intuir que era pudiente. Yo era un campesino, con las sandalias empolvadas, un galileo hebreo, extranjero en Tiro. Y ella estaba allí, humillada, arrodillada a mis pies, no porque era un hombre, sino porque su actitud era de súplica. En su rostro se notaban los signos del sufrimiento. Poco a poco mi cansancio y mi mal humor desaparecieron.

«¿Qué quieres que haga por ti?», le pregunté. Ella se quedó en silencio, estaba llorando, después con una voz muy dulce, mirándome a los pies, me dijo: «Mi hija está enferma, tiene un demonio».

Yo no quería escucharla. Por qué ha venido, pensé. «¿Dónde está ahora tu hija?».

«En casa —me dijo— con convulsiones y corriendo como una loca de un lado para otro».

En ese momento alzó el rostro y me miró con ojo de súplica: «El demonio no la deja en paz. Por favor, cúrala».

Yo me quedé en silencio. No pensaba que también los gentiles aceptaran las bendiciones de los hijos de Abraham.



La autora

Elsa Támez es mexicano-costarricense, residente en Colombia. Es profesora emérita de la Universidad Bíblica Latinoamericana. Tiene el doctorado en teología en la Universidad de Lausana, en Suiza, y la licenciatura en literatura y lingüística en la Universidad Nacional de Costa Rica. Ha escrito varios libros e innumerables artículos traducidos en varias lenguas. Entre sus obras más conocidas: *La Biblia de los oprimidos*, *Contra toda condena*. La justificación por la fe desde los excluidos, *El mensaje escandaloso de Santiago*, *Luchas de poder en los orígenes del cristianismo*. Ha recibido varios premios por su contribución a la lectura contextual de la Biblia.

Ahora me doy cuenta de que me estaba comportando como uno cualquiera de mis conciudadanos hebreos.

Entonces me vino a la mente un dicho ofensivo, común entre nosotros, y le respondí metafóricamente: «Deja primero que se dé de comer a los hijos; no está bien tomar el pan de los hijos y lanzarlos a los cachorros».

Sé que llamar perros a los paganos es un insulto grave. Pero culturalmente está interiorizado así en la mente y en el vocabulario de nuestra gente hasta no darse cuenta de que estamos insultando a quien no profesa la religión hebrea, nuestra visión del mundo cultural. Porque para nosotros los hijos son los israelitas y los perros son los paganos. Cualquier hebreo sabe que el pan se da a los hijos, de descendencia elegida. ¿Debemos quizá quitar a los hijos de Dios la bendición, el pan, para darlo a la gente impura? Y mucho menos a la gente de aquí, que es nuestra enemiga para siempre. Por mi mente pasaban todos estos pensamientos. Es normal para un hebreo pensar así. Y yo soy hebreo. Así se nos han enseñado, de generación en generación.

Pero... su respuesta a mi insulto me sorprendió tanto que resuena todavía en mis oídos. Nunca había oído argumentaciones tan convincentes como las suyas. De hecho, retomando mi discurso, me miró a los ojos y me respondió: «Sí, Señor, pero también los cachorros bajo la mesa comen las migas de los hijos».

Después se alzó y bajó de nuevo la cabeza. Se quedó de pie. Era un poco más alta que yo. Estábamos los dos parados en el mismo lugar, al mismo tiempo y bajo el mismo techo, y estábamos utilizando el mismo lenguaje. Pero la casa no era ni suya ni mía, y tampoco la lengua en la que nos estábamos comunicando. Éramos diferentes, ella era una mujer de otra cultura, otra religión, otra clase social, otra visión del mundo. Yo era hombre, hebreo, pobre, descendiente directo de Abraham, con la misión de proclamar el reino de Dios a mi pueblo.

Detrás de sus palabras se entreveía su erudición. Era sin duda una mujer muy culta. Sus argumentaciones eran realmente convincentes. Sabía cómo obtener lo que quería. Tenía que amar mucho a su hija para rebajarse de ese modo. Primero se arrodilló delante de mí, el hebreo, el campesino, el galileo del que había sabido que curaba y expulsaba demonios. Después invirtió mi discurso, retomando mi metáfora negativa sobre los paganos. Dio la vuelta a mis palabras y las transformó en un discurso a su favor, incluso aceptando una posición secundaria. «Sí, Señor», me dijo respetuosamente, dando a entender que estaba de acuerdo con el hecho de que nosotros hebreos teníamos una posición privilegiada delante de Dios, en el sentido de que éramos los primeros en la lista. No en

sentido sectario, o sea únicos y elegidos, como hacen creer nuestros jefes chovinistas. Sino en el sentido de que somos los primeros en ser llamados a convertirnos en luz de las naciones, a proclamar a todos el amor de Dios. No me ha llamado «Señor» para indicar que tenía fe en mí como Salvador, como algunos podrían pensar (Mateo 15, 28). No tenía ninguna intención de seguirme, como quería hacer el joven de Gerasa del que expulsé tantos demonios (Marcos 5, 8-29). Ella tenía su cultura y su religión. Tenía fe en mí, pero en el sentido de que, sabiendo de los milagros que había realizado en Gerasa y en Galilea, podía sanar a su hija. Esto lo entendí desde el primer momento en el que se acercó a mí.

Pues bien, ella aceptó una posición secundaria según nuestra perspectiva hebrea; pero ya que lo urgente era que yo curara a la hija, cambió los espacios y el tiempo de mi discurso. Transformó mi escenario de un espacio abierto y separado a un espacio familiar y compartido. En el espacio abierto y separado los hijos tienen derecho al pan y no lo deben desperdiciar tirándolo a los perros, quizá callejeros, impuros porque comen carroña. Pero ella me desafió con una diplomacia admirable. Se imaginó una casa donde todos conviven bajo el mismo techo, los hijos y los cachorros domésticos comparten la misma casa y el mismo pan al mismo tiempo. Los mismo hijos comparten con los cachorros las migas que caen de la mesa. ¿Su respuesta no es quizá sorprendente? Con sus tres diminutivos (cachorros, migajas y niños) me desarmó, me hizo recuperar la perspectiva de los más pequeños. Me dejó con la boca abierta y suscitó en mí una alegría inmensa porque me restituyó la ternura en la forma en la que me relaciono con las mujeres. «¡Qué mujer!», pensé. Se parece a esas sabias de las que hablan los rabinos, que con sus argumentaciones han ganado sobre los grandes personajes de la historia. Me volvió a la mente Abigail, la sabia mujer de ese tonto de Nabal, que hizo cambiar de idea a David y así evitó una masacre (1 Samuel 25, 2-42). Me recordó también la mujer con pérdida crónica de sangre que había osado tocar mi manto, aun sabiendo que su estado era impuro (Marcos 5, 25-34). Son estas las mujeres de las cuales nosotros hombres tenemos mucho que aprender. Engrandecen mi horizonte, me empujan a romper barreras, me enseñan a ver ese lado de las cosas que los hombres no conseguimos recoger en la vida cotidiana. No me avergüenzo de decirlo, esa mujer siro-fenicia me ha hecho cambiar de mentalidad: ha radicalizado mi misión. Acababa de discutir en Galilea con algunos fariseos y escribas de Jerusalén. Había reprochado su doble ética, les había mostrado con buenos argumentos que ser impuro es lo

que sale del corazón, y no lo que se come o se lava externamente. Ese había sido mi último discurso antes del encuentro con esta mujer. Pero, como sucede a menudo, no nos aplicamos a nosotros lo que predicamos para los otros. Ella, como un espejo, se puso delante de mí, pero yo no me reflejé hasta que sus palabras no resonaron en mi oídos: «Sí, Señor, pero también los cachorros bajo la mesa comen las migas de los hijos». Había ido más allá en mi discusión con los fariseos y los escribas, había dicho que lo que es impuro está en el corazón y no por fuera. Lo que quiere decir que ni ella ni su hija debía aceptar que se les llamara cachorro. Pero en ese momento no me vino a la mente proseguir la metáfora para vengarse de nuevo e invitarle a comer a la misma mesa. Lo único que me vino a la mente fue decir: «Por esta palabra tuya ve, el demonio ha salido de tu hija».

Se merecía realmente que su hija se curara. Y ha sido por eso que realmente he dicho, por su palabra (logos), que su hija se curó. Yo no quería expulsar su demonio, no quería escuchar a una pagana, no quería que de mi boca saliera una palabra sanadora. Mi mente estaba cerrada; me obstinaba solo para reformar a mi pueblo y no para salvar a los otros. Pero su argumentación fue determinante. Sus palabras me transformaron y yo, de buena gana, realicé un milagro a distancia, transformé su hija enferma en una niña sana. Pero no como una

miga que los hijos tiran de la mesa. Sino como un acto de amor hacia una madre que sufre la terrible enfermedad de la hija.

Ella me miró agradecida, estoy seguro de que creyó en lo que le dije porque tenía una expresión de satisfacción en el rostro; su rostro, antes angustiado, reflejaba paz, como si le hubiera quitado un gran peso de encima. Se dio la vuelta y se fue deprisa, casi corriendo. Me quedé mirándola, todavía conmovido por sus palabras. La imaginaba mientras volvía a casa y encontraba a su hija tranquila, en la cama. La imaginaba mientras abrazaba a la pequeña. Su pesadilla había terminado, el demonio se había ido. ¿La veré de nuevo? Probablemente no. Nuestros mundos son diferentes. Pero de algo estoy seguro: no olvidaré nunca lo que me acaba de suceder en Tiro. ¡Qué pena no haberle preguntado su nombre!

El cansancio y el malhumor desaparecieron, nuevos horizontes se están abriendo. Me animé. Ayer por la noche no conseguí dormir, pensaba que tenía que hablar con mis discípulos y discutir del nuevo giro que dar a nuestro ministerio. Tenía que volver a Decapoli para dar de comer a cuatro mil personas, mujeres y hombres, de todas las culturas y darle pan, no las migas; al descubierto y no bajo la mesa. Debo dar de comer a todos y todas, hasta que estén saciados, y recoger no menos de siete cestas de pan sobrante.

Pieter Lastman
«Cristo y la mujer
cananea» (1617)

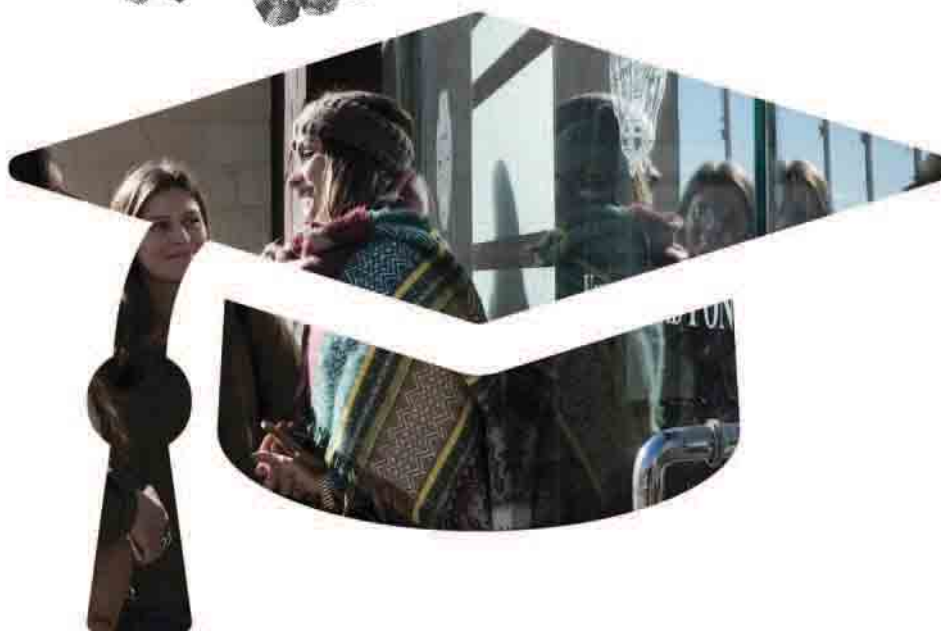




UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE SALAMANCA



formación de excelencia
a tu medida



salamanca

GRADOS

Administración y Dirección de
Empresas Tecnológicas (ADET)
Ciencias de la Actividad Física
y del Deporte
Comunicación Audiovisual
Enfermería
Ingeniería Informática
Logopedia
Maestro en Educación Infantil
Maestro en Educación Primaria
Marketing y Comunicación
Periodismo
Psicología
Publicidad y RR. Públicas

LICENCIATURAS

Derecho Canónico
Filosofía
Teología

DOBLES GRADOS

Ingeniería Informática + ADET
ADET + Ingeniería Informática

madrid

GRADOS

Enfermería
Fisioterapia
LICENCIATURA
Teología



DESCÁRGATE
LA APP
DE LA UPSA



Ven a visitarnos

promocion@upsa.es
Tel. 923 277 100 • Ext. 7471

SERVICIO DE INFORMACIÓN AL ESTUDIANTE (SIE)
C/ Compañía, 5. 37002 Salamanca
Tel. 923 277 150 • sie@upsa.es

www.upsa.es